



NÚM. 7.º

Se publica semanalmente á 6 rs. por trimestre, 11 por semestre, y 20 por anualidad, recibiendo los números, en Barcelona á domicilio, y fuera directamente por el correo.
En Ultramar: 2 pesos fuertes por anualidad.
En el Extranjero: 40 rs.
Al que se suscriba por diez ejemplares se le dará á mas uno gratis.
Números sueltos: 6 cuartos cada uno.

Se admiten suscripciones en Barcelona en la librería de su Editor el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, n.º 24 y 26, y en la papelería de D. Pedro Casanovas, plaza de la Cucurulla, n.º 2; y fuera en casa de todos los señores que expenden las obras que salen de su establecimiento, á que están relacionados con él por cualquier concepto que sea. Puede también hacerse la suscripción remitiendo el importe con carta dirigida al Editor en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería, ú otro medio.

AÑO I.

LOS PROPÓSITOS.

UNO de los defectos de las imaginaciones meridionales, entre las que España ocupa el primer puesto, es sin disputa el furor de hacer *propósitos*. En vez de atajar el mal tan pronto como nos apercibimos de él, todo se nos va en proyectos y firmes propósitos de enmienda. Si este es achaque de la población en general, mas particularmente lo será de los niños, ya de sí muy dados á dejarse arrastrar por el brillante torbellino de la imaginación, de esa *loca de la casa*, como la llama un filósofo moderno.

Para que comprendais bien, amigos míos, la clase de mal que quiero daros á conocer, procuraré recordaros alguno de los propósitos que todos vosotros habréis hecho mas de una vez durante el curso de vuestra vida. Un sábado por la noche, durante la hora del estudio, habeis tropezado con una lección difícil de gramática ó aritmética, una de aquellas lecciones que vuestra tierna inteligencia se resiste á comprender. En vez de redoblar vuestros esfuerzos y atención para dominar aquella materia, muchos de vosotros habrán cerrado el libro diciendo: «Como no he de dar «esta lección hasta el lunes, el domingo «por la noche la estudiaré.» Pero viene el

domingo por la noche, y vuestro señor padre, que cree que habréis ya cumplido con vuestras obligaciones como debe hacerlo un buen estudiante, os invita á ir al teatro ú á otra distracción, y vosotros no teneis la fuerza de voluntad para confesar que no sabeis la lección del día siguiente, y entonces formais un segundo *propósito*: el de levantaros temprano al día siguiente y estudiarla. Asistís á la distracción á que os ha llevado vuestro señor padre y os divertís muy poco, porque sentís en vuestro interior la desazón de no haber cumplido con vuestro deber. Aquella noche os acostais tarde, y al día siguiente, dominados por el sueño tenaz de vuestra edad, os despertais á la hora justa de ir á la clase. ¡Qué disgusto tan grande pasais! ¡qué vergüenza teneis al considerar que cuando el señor maestro os pregunte la lección no sabréis una palabra! Entonces formais en vuestra mente mil deseos absurdos: quisiérais que se abrieran las cataratas del cielo y cayera una lluvia tan fuerte que impidiera la apertura de la clase; deseais que al señor maestro le sobrevenga de improviso alguna ocupación extraordinaria; hasta llegais á concebir el criminal deseo de que el Señor os envíe alguna enfermedad. ¿Y todo por qué? Por haberos entretenido haciendo *propósitos* en vez de ponerlos á estudiar con ánimo sereno y decidido.

¿Quién de vosotros, al obtener una cali-

ficación poco honrosa en los exámenes de fin de curso, no ha hecho el propósito de estudiar mucho en el curso inmediato? pero ¿qué sucede? vienen las vacaciones, y pasais el tiempo jugando y enredando, pero eso sí, teniendo siempre el firme propósito de estudiar mucho en el próximo curso; pero como aprendisteis mal las materias del curso anterior, y las ciencias son como los eslabones de una cadena, que faltando uno queda destruida toda, pasais el tiempo de vacaciones con el firme propósito de estudiar mucho cuando se abran las clases, y en el curso siguiente obteneis todavía peor calificación que en el anterior.

Lo mismo que sucede en el orden intelectual sucede en el orden moral. Vuestra conciencia no está tranquila porque habeis faltado á alguno de los preceptos de la ley de Dios, y en vez de acudir al momento á los piés de vuestro confesor y pedir la absolución de vuestras culpas mediante una fuerte contrición, seguis en vuestra falta, y haceis la siguiente reflexión: «Á fin de «mes, cuando con mi madre vaya á confesarme, haré *propósito* de enmienda.» ¡Desgraciados! sin saber que esa dilación os puede ocasionar dos inmensos perjuicios: el primero y mas terrible es que podeis morir inconfesos, y entonces tendréis que dar á Dios estrecha cuenta, y el segundo es que las culpas son como los ácidos fuertes que corroen los vasos que los

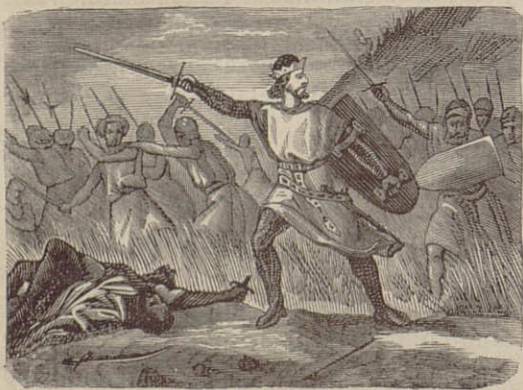
contienen, y cuanto mas tiempo persistais en una falta, mas difícil os será curaros de ella. ¿Qué diríais, amigos míos, de un médico á quien llamara vuestra familia para curaros de un ataque cerebral, que despues de examinar todos los síntomas, dijese con mucha calma: «Todo nos da á «comprender que este niño tiene un ata- «que cerebral de los mas fuertes; pero co- «mo hoy estamos ya á 27 del mes, espera- «rémos el día 1.º para empezar la cura- «cion?» De fijo que tendríais á aquel hom- bre por loco ó estúpido.

Si las dilaciones pueden ocasionar per- juicios de tanta consideracion en las enfer- medades del cuerpo, ¿cuán mayores y de mas terribles efectos no serán en las enfer- medades del alma?

Creo, hijos míos, que ya he dicho lo bas- tante para que comprendais lo mala que es la costumbre de hacer propósitos. Espe- ro que estaréis convencidos de los grandes perjuicios que eso ocasiona, y que, de hoy en adelante, toda decision de mejorar vues- tra conducta será seguida inmediatamente de la ejecucion sin aguardar á *mañana*.

Solo en un caso os aplaudo que hagais propósitos y no os cuideis de realizarlos: cuando os venga la tentacion de cometer alguna falta, dejadlo siempre *para otro día*, y ojalá que ese día no luzca jamás para vosotros.

F. Figueras.



HISTORIA DE ESPAÑA.

REYES DE LEON.

D. Pelayo, hijo de Favila y nieto de Chindasvinto, despues que los moros ven- cieron y dispersaron á las tropas cristia- nas en Guadalete, recogió algunos solda- dos de los que huían á la desbandada, se puso al frente de ellos, y se internaron en las fragosidades de los montes de Asturias. Allí fue proclamado rey D. Pelayo en el año 717. Ya habia acreditado su valor y prudencia en la batalla de Jerez, y dado á conocer su celo por la religion católica, pues escogiendo todos los vasos sagrados, ornamentos y reliquias de las iglesias que no habian sido aun presa de los enemigos, los condujo en el centro de su pequeño ejército hasta las concavidades de una pe- ña en el angosto valle de Covadonga. Allí

resistió y derrotó con muy pocos soldados á gran multitud de moros.

Rechazados los sarracenos del valle de Covadonga, siguiéronles al alcance los po- cos cristianos que tenia D. Pelayo á su al- rededor, y presentaron batalla en Santa Cruz, en una llanura á orillas del río Sella, en la que lograron una completa victoria contra los moros, á los cuales persiguieron por el camino de Leon, y les arrojaron de esta ciudad. Empezada la guerra con un puñado de valientes, le acompañó siempre la victoria: siempre prudente y nada en- vanecido, se ocupaba en fortificar las pla- zas que iba tomando. Así se formaron los pequeños reinos de Leon y Oviedo; y á pe- sar de los esfuerzos que hicieron los sar- racenos para contener su engrandecimien- to, no pudieron conseguirlo, porque los cristianos, aunque lentamente, avanzaron siempre.

Fue D. Pelayo de singular valor y pru- dencia, siendo no menos notable por la pu- reza de sus costumbres, á las cuales debió sin duda la especial proteccion que el cie- lo le dió en todas sus atrevidas empresas. Á él se debió la iniciativa de esa lucha glo- riosa que sostuvieron los españoles contra los moros por espacio de mas de setecien- tos años, y que prueba una vez mas que nuestro país puede verse doblegado, pero nunca vencido completamente.

Casó D. Pelayo con D.^a Guadosa, de la que tuvo á Favila, que le sucedió en el tro- no, y á Hermesenda, que casó con D. Al- fonso I: murió en 18 de setiembre del año 737, despues de haber combatido sin tre- gua por espacio de veinte y tres años.

San Joaquin, padre de la santísima Virgen.

Pudiera, al parecer, extrañarse que los Evangelistas no hubiesen hablado del gran patriarca san Joaquin, si el Espíritu Santo no nos tuviera ya prevenidos por el Ecle- siástico (*cap. xi*), que á los padres nunca mejor se les conoce que por los hijos, y que el mérito del hijo es la mayor gloria del padre. Por tanto, no parecia muy neces- ario que la sagrada Historia nos hiciese in- dividual relacion de las grandes excelen- cias y de las eminentes virtudes de san Joaquin, cuando bastaba acordarnos que habia sido padre de la Madre de Dios y abuelo del Salvador del mundo.

Es cierto que san Joaquin fue de sangre Real, como lo fue san José, su pariente in- mediato. Su familia descendia originaria- mente de Judea; pero reducida al estado de pobreza, por particular providencia del Se- ñor, que no quiso fuesen los parientes del Salvador de otra condicion que él, estaba como oscurecida; y habiéndose domiciliado en Nazaret despues de algun tiempo, era comunmente reputado por de familia gali-

lea. San José fue carpintero, y san Joaquin tratante en ganados y lanas.

Parece que la piedad habia nacido con el Santo. Aun no se habia visto en el mundo hombre de vida mas ajustada: la rectitud, la modestia y el amor á la Religion eran en él característicos, y mereció á todos el con- cepto de hombre extraordinariamente vir- tuoso. Á impulso de este fondo de piedad y de religion, buscó cuidadosamente para es- posa suya la doncella mas virtuosa y mas cabal de toda la nacion; siendo santa Ana la que el cielo le habia destinado, previ- niéndola desde la cuna con aquellas abun- dantes gracias que la hicieron digna abuela del Salvador; y dando toda la dicha y toda la felicidad á san Joaquin, fueron el mas perfecto modelo de la elevada santidad en el estado del matrimonio.

Es opinion comun, que ya Joaquin y Ana iban declinando hácia la vejez, y todavía se hallaban sin sucesion; esterilidad que entonces se reputaba por una especie de maldicion del cielo, y por la desgracia mas afrentosa que podia caer sobre una fami- lia, pues por ella perdía para siempre la esperanza de emparentar con el Mesías, lo cual tenia bastante humillados y desaten- didos á los dos santos esposos.

Créese que el cielo les consoló con la re- velacion de que tendrían una hija que se- ria bendita entre todas las de su sexo, y que Dios queria servirse de ella para la salvacion de Israel. Pero, sea lo que fuere, lo cierto es que tuvieron fruto de bendicion dando al mundo á la santísima Virgen, que librándoles con su nacimiento de la igno- minia de estériles, hizo á sus padres las dos personas mas felices y respetables del mundo.

Nada se sabe con certeza ni del tiempo ni de la edad en que murió san Joaquin. Cedreno asegura que vivió hasta los ochenta años; pero lo que parece probable, pue- sto que no se hace mencion de él en el Evan- gelio, es que debió morir antes que la Virgen se desposase con san José.



Andrés Cretense, arzobispo de Jerusa- len, en el elogio que hace de san Joaquin y santa Ana, dice que luego que nació la santísima Virgen, la llevaron sus bien- aventurados padres al templo, y en él la consagraron al servicio de Dios, como fru- to de sus oraciones despues de tan larga es-

terilidad; y que despues de algunos años terminó san Joaquin su vida ejemplar con una muerte preciosa á los ojos del Señor. Como todo el tesoro y consuelo que tenían era su hija, hallándose esta dedicada á Dios en el templo, se cree que, para estar mas cerca de ella, se fuéron los padres á residir á Jerusalem, en cuya ciudad rindió su dichoso espíritu san Joaquin entre los brazos de santa Ana y de la Virgen.

Era grande la devocion que le profesaban los cristianos del Oriente ya desde el siglo IV de la Iglesia; y si en el Occidente tardó algun tiempo mas en extenderse, no cede hoy á la Iglesia griega en la veneracion á este gran Patriarca; pues serán pocos los pueblos de la cristiandad donde no haya erigido aras á Joaquin la confianza de los fieles, y donde los singulares favores, que por su intercesion dispensa el cielo cada dia, no acrediten lo mucho que importa acudir á él en todas las necesidades, y no dejar se pase dia alguno sin rendirle algun obsequio.

Muéstrase en Colonia la cabeza de san Joaquin, y en Bolonia de Italia otras reliquias del Santo, las que, segun una piadosa tradicion, se creen legítimas.

CUENTOS.

Despues de un paseo por el jardin, Julio, niño de doce años, le dijo á su señor padre:

—¿Sabe V., papá, que echo muy de menos los tiempos en que habia hadas? ¡entonces sí que sucedian cosas prodigiosas!

—¿Cómo puedes echar de menos las hadas, le contestó su padre, además de que no han existido nunca sino en los cuentos de viejas?

—Es que las hadas hacian mil prodigios que encantaban ó asustaban, al paso que ahora todo sucede de un modo natural, todo se explica, y uno no puede admirarse de nada.

—No es esa mi opinion. Cada dia pasan á nuestro alrededor una infinidad de prodigios que no se explican, y que son mucho mas extraordinarios que los que se atribuian á las hadas y á los genios.

—¡Pero yo no he visto ninguno!

—¡Te equivocas! ¿Sabes cómo se produce el sonido?

—Se produce por la voz de los hombres y de los animales, y por el choque de los cuerpos.

—¿Pero sabes cómo se propaga?

Julio no supo qué contestar.

—¡Pues bien! el choque, el grito, la palabra, producen en el aire ondulaciones análogas á las que puedes ver en la superficie del estanque despues de haber lanzado una piedra. Ya habrás observado que

se debilitan á medida que se alejan del punto en que cayó la piedra.

Lo mismo sucede con las ondulaciones del aire, lo cual explica que sean los sonidos mas ó menos fuertes segun las distancias.

—Ya lo comprendo, papá, pero no veo el prodigio.

—Hé aquí en qué consiste: Cuando en un mismo sitio se producen varios sonidos, todas las ondulaciones que tienen diferente grado de rapidez se atraviesan sin confundirse. Por ejemplo, en este momento distingues perfectamente el balido de los carneros, los ladridos del perro del rebaño, el canto de los pájaros, los silbidos del aire, la caída del agua de la fuente, y la campana del reloj de la torre. ¿No te parece esto extraordinario?

—¡Sí, señor!



Luego tomó el padre de Julio una maceta que habia á su lado, y dijo:

—Mira otro prodigio: Ahí tienes un ge-

— 24 —

Acerqueme á ella, le lamé la barba, y tuve el inexplicable placer de verle abrir los ojos.

La Sra. de Nelville, arrodillada á los piés de Enriqueta, daba lástima, y su esposo no estaba tampoco mas animoso. Yo les miraba yendo del uno al otro, agitando la cola y lanzando gritos de alegría.

Cundió la alarma, llegó la abuela llevando una porcion de frascos, todo lo necesario en semejantes lances, y al cabo de un cuarto de hora el Sr. de Nelville entraba en el castillo llevando á su hija en brazos.

Yo les seguí dando brincos.

Sí, me dijo mi amo, ya lo sé; ya he visto que te debíamos la vida de nuestra querida niña. ¡Pobre animal! ¡qué atropellado está!

Durante todas las idas y venidas que tuvieron lugar á nuestro regreso yo no paré un momento, y no estuve tranquilo hasta que ví á Enriqueta en su cama, con los ojos abiertos y abrazando á sus padres.

Luego llegó mi turno, y me permitieron subir á la cama. Enriqueta me llamó *Carinito*, me dió sus manos á lamer, y se durmió en tranquilo sueño.

¡Qué día! Me acordé de Sultan, y de buena gana hubiera corrido á contarle mi hazaña. Las suyas me parecían muy poca cosa al lado de la mia. ¡Una oveja! ¡un rebaño! ¡Todos los rebaños del mundo no podían compararse al objeto de mi cariño, á mi Enriqueta! Me colmaron de caricias, se disputaban el ha-

— 21 —

Hé ahí un rasgo que debe entristecerte: aunque vivas quince años no podrás contar otro semejante: no tienes tú, sin embargo, la culpa.

Yo: Reconozco tu superioridad, Sultan; admiró tu ternura y vigilancia por tu rebaño; pero, soy jóven, el porvenir es mio, y no dudo que un dia ú otro podré prestar á mis amos algun señalado servicio. Hasta la vista, Sultan; temo que pasen cuidado por mí.

Me volví al galope, é hice bien. Mi escapatoria habia difundido la alarma en el seno de la pacífica familia.

Al verme los niños exclamaron: ¿De dónde viene V., buena alhaja? ¿Es ese el modo de portarse? ¡Qué sudado viene! Está muy feo el correr de ese modo, señorito César, y si no se corrige V. de esa mala costumbre, tendríamos que atarle.

Esta amenaza me hizo reflexionar, y me eché al lado de la teta de la abuela, dormitando, y abriendo de vez en cuando los ojos para pescar al vuelo alguna mosca imprudente.

Á la mañana siguiente hacia un tiempo magnífico, y Enriqueta obtuvo el permiso de jugar conmigo en el patio antes de almorzar. Saltar, retozar, jugar al escondite, llamarnos, reir y ladrar constituian un encanto siempre nuevo.

De repente la niña desapareció. Yo la busqué en todos los parajes de costumbre sin dar con ella. Me

ranio; sus hojas y tallo son verdes, los tres pétalos interiores de su corola son blancos como la nieve, mientras que los dos superiores tienen una mancha de un hermoso color de púrpura aterciopelado y estriado de un púrpura mas subido: ¿no te parece un prodigio superior á los que podian hacer las hadas, el ver que con la misma tierra de esta maceta y la misma agua pura con que se riega, producen en la misma planta colores tan diferentes, sin que nunca se confundan, y sin que traspasen jamás los límites que tienen señalados por la mano del Criador?

—Dispense V., papá, contestó el muchacho, creo que he hablado con ligereza...

—Sí, has hablado como un niño, ante el cual se producen cada dia mil fenómenos sin que les preste la menor atencion. Las mas sábias investigaciones van á parar casi siempre á un impenetrable misterio: ese misterio es el secreto de Dios, que nos ha permitido que lo palpemos y nos convenzamos de él, pero sin comprenderlo, para darnos una idea de su grandeza. Adorémosle, hijo mio, y seamos humildes ante su inmenso poder.

Cuando Ricardo jugaba aleluyas con sus compañeros y perdía algunas, exclamaba:

—¡No tengo nunca suerte! ¡soy la persona mas desgraciada del mundo!

Si tenia formado el proyecto de ir á dar un paseo, y la lluvia ó el mal tiempo le impedían salir de casa, ó sufría cualquier contrariedad, exclamaba desesperado:

—¡Vamos, esas cosas no le suceden á nadie mas que á mí!

Su señor padre, que ya estaba cansado de oír tantas exclamaciones, le dijo un dia:

—Hijo mio, todo eso no prueba mas que tu tonta vanidad, pues que crees que todo está ordenado y dispuesto solo para tí, y que eres el objeto de una particular atencion de la Providencia. Si fijaras la atencion en las cosas favorables que te suceden, le darias humildemente las gracias en lugar de entregarte á ese ridículo despecho.

MÁXIMAS.

—Nunca ha de hablar uno de sí mismo en bien ni en mal: el que se alaba es un vanidoso; el que se rebaja un tonto.

—Mas vale disminuir las necesidades que aumentar los bienes.

—Dichosa la ciudad en que se mira menos la hermosura de los edificios que la virtud de sus habitantes.

—Las ciencias tienen sus raíces muy amargas; pero los frutos son muy sabrosos.

De Villafranca nos han remitido la siguiente

Solucion á la charada anterior.

La *primera* con la *cuarta* forma MARTA; RIMAR la *tercera* y *prima*.

La *segunda* con la *cuarta* dice GATA, Y el nombre de MARGARITA El *todo* de la charada, Que flor y santa significa.

CHARADA.

Con mi *primera* y *tercera*
El nombre puedes formar
De cierta mujer histórica
Para España muy fatal.
La *segunda* en todo canto
De fijo la encontrarás;
Y con la *tercia* y *segunda*
Procura no tropezar.
Formarás, con *prima* y *cuarta*,
Diversión muy usual;
Y con la *tercia* y la *misma*
Una cosa muy vulgar
Que con mucho empeño hace
El jugador holgazan.
Haz que no te den mi *todo*
Á fin de curso jamás.

La solucion se dará en el próximo número.

EDITOR RESPONSABLE: MANUEL MIRÓ.

BARCELONA: Imprenta del Heredero de D. Pablo Riera. — 1867.

— 22 —

entró una grande inquietud, y empecé á ladrar fuertemente.

Seguramente tomaron mis ladridos por un juego, y nadie acudió. Mi ansiedad aumentaba considerablemente. Me dirigí al enverjado contiguo al estanque. Entonces ví un espectáculo que me heló la sangre: Enriqueta habia entrado en el bote de sus hermanos, y se balanceaba. De repente se le fué el pié, y cayó en medio del estanque.

De un salto me eché al agua, y cogí á la niña por el vestido en el momento en que se iba á fondo. Ví mi sombra reflejada en el agua; pero, acordándome de una fábula que me habia recitado Pablo, no solté la presa.

No era aquella la primera vez que yo entraba en el estanque. Tenia la costumbre de limpiarme en él, costumbre que gustaba mucho á mis amos y á mí tambien; pero ya comprenderéis, amigos míos, que no es lo mismo echarse al agua por limpieza ó por salvar á una niña. Estaba conmovido y tembloroso. Despues de tomar aliento volví á coger á mi amiguita, y, á fuerza de trabajo, conseguí depositarla sobre la orilla. Tenia los ojos cerrados. Por mas que daba yo vueltas á su alrededor, aullaba y le lamia el rostro, no obtuve ninguna señal de vida. Entonces corrí al castillo, y entré primero en la cocina, en donde no pude lograr que me comprendieran. Silvia contestó á mis gritos plañideros

— 23 —

ofreciéndome un plato con los restos de una perdiz. De una patada le eché el plato por el suelo, y me precipité al salon, en donde, por fortuna, encontré á la Sra. de Nelville.

Apenas entré, la madre de Enriqueta vió la expresion de mi fisonomía. Me preguntó llena de ansiedad qué era lo que tenia. Mi contestacion fue cogerla por el vestido, y arrastrarla, derribando de paso un jarro lleno de flores para despertar la alarma. Hacia un sol muy fuerte, y, sin embargo, no permití á la señora que cogiera el sombrero. Ladraba muy fuerte y sin parar, de modo que el Sr. de Nelville salió de su despacho para saber la causa de aquel alboroto.

La señora le dijo asustada que yo me habia vuelto seguramente loco, ó que habia ocurrido alguna desgracia. Entonces se le ocurrió la idea de su hija, y exclamó:

¿Y Enriqueta?

Á ese nombre lancé gritos horribles, y me dirigí al estanque.

El padre y la madre corrian casi tanto como yo, y en un momento estuvimos al lado de la querida niña.

Un pescador habia acudido al sitio de la catástrofe durante mi ausencia. Era un hombre valiente y honrado que habia salvado la vida á mucha gente, y gracias á sus cuidados la niña empezaba ya á recobrar el conocimiento.